

como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni mas ni menos como la mas incauta de las moscas!

Como lo habia previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.

CAPITULO XXIII.

DE COMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN MAGNIFICO
RECURSO AMOROSO.

EL mismo dia en que Sanchez cumplia su palabra á los dependientes del almacen de Cárlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulo con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habian llevado.

No sabia quien la habia puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

Efectivamente, en el sobre estaba el timbre rojo que ella conocía perfectamente.

Chona leyó lo que sigue:

“Chona:

“Algo como una sombra de muerte nos separó anoche. Yo nunca habia descendido desde tan alto; y si no tuviera la esperanza de que usted haya comprendido el mal que me hizo, créalo usted, Chona, hoy me entregaria á la desesperacion.

“Hay en el fondo de la repulsa de usted, una cosa que se parece un poco á la justicia, pero no á la verdad. Cuando he podido reflexionar acerca del desden de usted, que es el único en el mundo que me ha hecho impresion, me he decidido á aceptarlo con todas sus consecuencias.

“Usted ha pensado, lo mismo que yo, en que tanto rigor fué inútil; no obstante que la honra y el deber han tenido, merced á esto, un momento de sentirse verdaderamente complacidos: razon por lo que creo que empezamos á liquidar cuentas con esas entidades morales que á mi vez respeto profundamente.

“Voy á hacer mas: sepulto solemnemente al pie del ara de esas entidades morales, hasta mi última esperanza de acariciar á usted alguna vez; renuncio formalmente á mi persona y me presento á usted de nuevo en mi calidad de incorpóreo; ¿está usted contenta?

“Lo infinito no necesita pretextos para existir y estoy

seguro de que la he de amar á usted muerto, lo mismo que vivo; prescindo totalmente de la forma y el alma de usted es mi alma, ya se esconda en el cuerpo de usted ó se desprenda de él.”

—¡Salvador está loco! exclamó, Chona y suspendiendo la lectura se quedó profundamente pensativa.

“No me preocupa ninguna traba humana, siguió leyendo Chona, nuestro amor no es mas que un principio aparente: nos hemos amado antes, y la revelacion manifiesta de habernos encontrado en el mundo, no es mas que un eslabon de nuestra vida perenne.

“Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y á quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Carlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado usted consultar mi amor.”

—Salvador adivina, pensó Chona.

“Me complazco en proporcionarle á usted la satisfaccion de que les dé gusto: ame usted á su marido y obedezca á su confesor; lejos de oponerme á esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su mision con esos señores.

“Esta carta debe preceder á mi visita porque es mi fianza. La adoro á usted, Chona; dentro de poco lo va á oír usted de mis labios.”

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginacion se perdia en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y to-

mando las ideas de Chona cierta forma de superstición, sentía á la vez la curiosidad mas viva por descifrar aquellos misterios.

—¿Será capaz Salvador, pensaba Chona, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, ó lo que me dice es el resultado de una mistificación real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su esperiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé que carácter de una verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

Conozco á mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento á merced de su influencia y vacilo, temo..... tiemblo..... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte egida..... el sacerdote..... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior á todas las trabas de este mundo.

Volvió Chona á leer la carta y en seguida exclamó:

—¡Bueno! esta carta revela mas cabeza que corazon; yo le temo á su amor, pero no á su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; finjiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre espedita la retirada: él me hace concesiones, yo tambien voy á hacerse-las y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso sí, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos

límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesion va á estar muy divertida y sobre todo voy á reirme mucho con su mentido espiritismo; ¡tiene unas cosas Salvador!

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona dijo al entrar, dándole á esta palabra el acento de saludo y de pregunta á la vez.

—¡Salvador! dijo Chona tendiéndole la mano.

—¿La mano sí? preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transaccion?

—Quiere decir que usted se habia propuesto.....

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazon, exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, mas como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincon.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubacion, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, solo que el

hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariablemente, Salvador el sofá y Chona el sillón del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentían á Salvador y estaban mas dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocía los piés de Chona: había dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocía, no sabemos por qué.

La luz de los balcones hería el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel respetado por los leones.

—Vamos á ver, dijo Salvador, ¿qué le ha parecido á usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fé de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta á usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se rie de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reirse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay mas fotografía que el amor.

Chona no se rió.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene despues de un momento en que se pone usted muy seria.

Chona se rió.

—¿Ya lo ve usted? dijo Salvador riéndose tambien.

—¡Todo lo ve usted! exclamó Chona.

—¿Por qué será?

Chona no pudo contestar mas que con una mirada.

—Volvamos á mi carta.

—Volvamos á la carta.

—Se reduce á esto: á que me diga usted que me ama.

—¿Traducción libre? preguntó Chona.

—Literal, contestó al punto Salvador; ¿hacemos la traducción?

—Sí, porque va á ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza, contestó Salvador, quedan á salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo á usted vivir en su mundo, obedeciendo todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Esas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo á usted bajo su influencia y bajo su proteccion; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mia, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay mas, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay mas todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una trasformacion; la he encontrado á usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negacion, quiero decir, no me habia dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer á usted me hacia temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo *yo* pasaria á la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona,

hoy está empezando mi regeneracion espiritual, porque al ponerse mi alma en relacion con la de usted, he sentido á mi libertadora, ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted á volver loca!

—No lo temo; lo que podria temer es que se volviera usted ciega; pero poco á poco irá usted acostumbrándose á la luz, hasta ver el sol de la verdad frente á frente.

—Sí, ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro á usted que cada dia verá mejor; y luego agregó Salvador uniendo el hilo de su discurso: mi alma hubiera permanecido vacia si no hubiera conocido á usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es esta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rió.

—Usted, continuó Salvador, no es la continuacion de mi vida anterior, sino el principio de la eterna; todas las mugeres que me han amado, han tomado de mí la parte de mi sér transitorio en mi estado de negacion, que concluyó antes de conocer á usted.

—Debo recordar á usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes.....

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y has-

tiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; habia acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—Sobre que le digo á usted que me voy á volver local

—No haga usted ningun esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted, supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reirse y lo desea; me felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

—No me rio, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto á mi confesor?

—Porque le ha espantado á usted la palabra espiritismo y empieza usted á escandalizarse.

—No me he decidido á tomarlo á pechos, y lo sigo á usted solo con la imaginacion; por lo demas, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razon, tanto mas cuanto que yo la ayudaré á usted en todo; he ofrecido respetar cuanto á usted pertenezca.

—Estoy segura de que ningun amante ofrecerá otro tanto.

—Es cierto, y esa es una señal de que empieza usted á comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestion consiste solo en el camino que se elija, debo decirle á usted que para mí no es el medio sino el resultado lo que me espanta; yo no debo amar á usted, porque cometeria un crimen; no debo entregarle mi corazon, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir á dar al punto de donde debo huir á toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al cumplimiento de mi deber.

Esta conversacion, como las anteriores, fué interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Carlos.